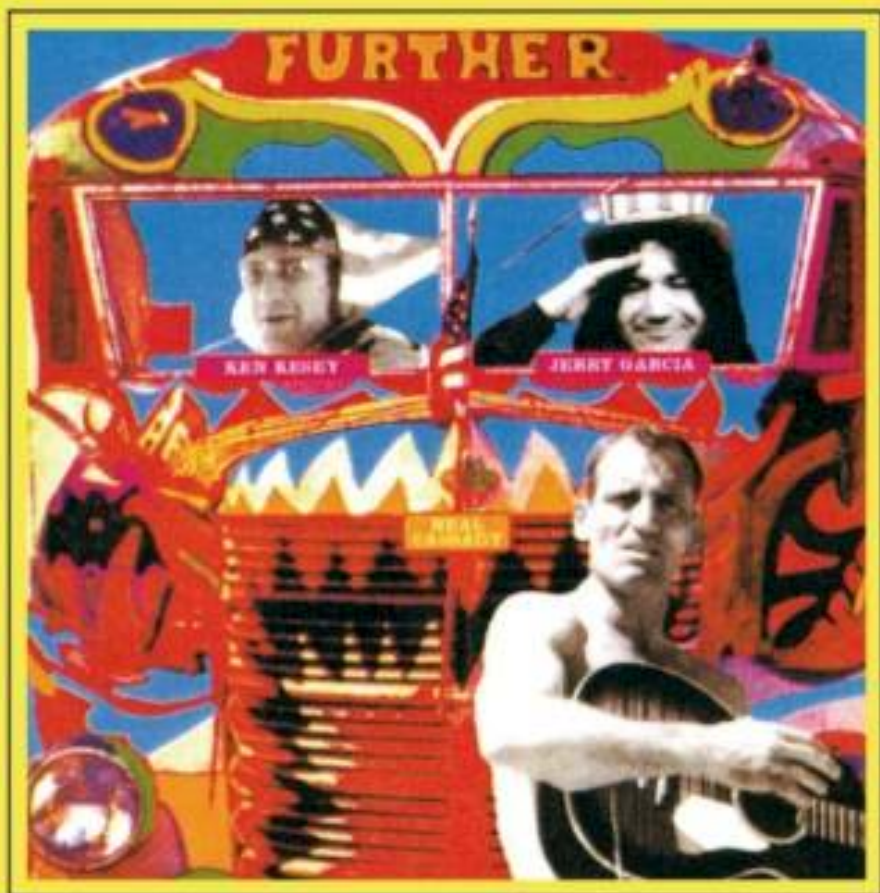


Tom Wolfe

Ponche de ácido lisérgico



Este es el mito fundacional de los *hippies*, la historia de Ken Kesey y los Alegres Bromistas.

Estamos en los años sesenta y Ken Kesey, el autor de *Alguien voló sobre el nido del cuco*, ha reunido a su alrededor a los «bromistas», una desmadrada corte de jóvenes radicales embarcados en novísimos proyectos de vida. Recorren los Estados Unidos de costa a costa en un autobús que conduce Neal Cassady (el mítico Moriarty de *En el camino*, de Kerouac, amado por Allen Ginsberg y por algunos de los mejores espíritus de su generación), y celebran la vida, el éxtasis orgiástico, las drogas que abren las puertas de la percepción. Y tienen a las fuerzas del orden y al F.B.I. en los talones... La utilización de monólogos interiores, diálogos y múltiples puntos de vista, recursos todos ellos provenientes de la literatura de ficción, combinados con técnicas propias del periodismo, como la investigación exhaustiva, las entrevistas minuciosas, el gusto por «la exclusiva» y un ojo agudísimo para el detalle revelador, dan como resultado este espléndido Ponche de ácido lisérgico. Calificada por los críticos de obra maestra de la «novela de no ficción», es la mejor crónica que se ha escrito jamás sobre el épico viaje de Ken Kesey y sus compañeros, verdadero «núcleo duro» del movimiento *hippie*, y une al interés de una historia fascinante, contada con escrupulosa fidelidad, la seducción de una atmósfera y unos personajes reales dignos de las mejores ficciones de Updike o de Bellow.

I. RELUCIENTES ZAPATOS NEGROS FBI

Bien pensado, Cool Breeze^[1]. Cool Breeze es un chico con barba de tres o cuatro días que se sienta a mi lado sobre el metal abollado de la trasera abierta de una camioneta. Vamos dando botes. Subiendo y bajando y bamboleándonos sobre las podridas ballestas como en un barco. Detrás brinca colina abajo la ciudad de San Francisco, todo un incesante tambaleo de ventanas saledizas y arrabales con vistas que brincan y descienden por la colina. Uno tras otro desfilan los letreros eléctricos con copas de Martini de neón, el símbolo de los bares en San Francisco: miles de copas de Martini de neón magenta rebotando y deslizándose colina abajo, y bajo ellas cientos, miles de personas que se vuelven para mirar la camioneta estrambótica y enloquecida en la que vamos, caras blancas que emergen de las solapas como malvaviscos, deslizándose y dando botes colina abajo..., y bien sabe Dios que tienen mucho que mirar.

Por eso me hace gracia que Cool Breeze diga muy serio, por encima del estruendo que vamos armando:

—No sé... Cuando Kesey salga, no sé si voy a poder pasarme por el Almacén.

—¿Por qué no?

—Bueno, la poli va a andar por ahí husmeando hecha una fiera, y estoy con la condicional, así que no sé...

Muy bien pensado, Cool Breeze. No levantes la liebre. No te hagas notar..., como ahora. A Cool Breeze le aterr

tanto en este instante la poli, que va sentado aquí en la camioneta, bien a la vista de millares de ciudadanos perplejos, tocado con una especie de sombrero de gnomo del Bosque Negro de los Siete Enanitos cubierto de plumas y de colores fluorescentes. Arrodillada en la camioneta, frente a nosotros y también a la vista de todo el mundo, va una chica medio india ottawa llamada Lois Jennings, con la cabeza hacia atrás y una radiante expresión en la cara. Lleva en mitad de la frente un brillante disco plateado que unas veces estalla en luz con el sol y otras emite arcos iris desde sus líneas de difracción. Y sí, señor, lleva un colt 45 de cañón largo en la mano, aunque nadie en la calle puede saber si se trata o no de una pistola de fogueo cuando la esgrime en dirección a las caras de malvavisco, jia, jia, como Debra Paget en... en...

—¡Kesey va a salir de la cárcel!

Otras dos cosas que la gente mira son el letrero del parachoques trasero de la camioneta, que reza: «Custer murió por tus pecados», y al *enamorado* de Lois, Stewart Brand, un tipo delgado y rubio que conduce y que también lleva un brillante disco en la frente, además de un vistoso adorno de cuentas indias. Pero va sin camisa, con el aderezo de cuentas indias sobre el pecho desnudo y una chaqueta blanca de carnicero con medallas del Rey de Suecia.

Y vemos aparecer a un tipo «lindo», cartera de ejecutivo en mano, con el semblante resentido de quien acaba de terminar la jornada, y unos... zapatos —¡cómo brillan!— (quién diablos serán esos memos de beatniks), y Lois le dispara en pleno malvavisco y el tipo va perdiéndose dando botes colina abajo...

Y la camioneta jadea y brinca, lanzando destellos de rojo plata y de chillona pintura y yo dudo seriamente, Cool Breeze, que hoy haya un solo polizonte en San Francisco que no sepa que este vehículo enloquecido es una patrulla guerrillera del terrorífico LSD.

Los polis conocen ya toda la escena; conocen hasta los atuendos, el pelo largo y suelto a lo Jesucristo, los abalorios indios, las cintas indias de cabeza, las cuentas devocionales, las campanillas orientales, los amuletos, los mándalas, los ojos de deidad, los chalecos fluorescentes, los cuernos de unicornio, las camisas de duelista de Errol Flynn... Pero siguen sin saber lo de los zapatos. Los viajeros de la camioneta sienten debilidad por los zapatos. Los peores son los negros y relucientes, con cordones. De ahí la jerarquía —aunque prácticamente todos, incluidos los abiertos, les parecen fuera de onda— asciende hasta las botas que de verdad les gustan: ligeras, con estilo, botas inglesas a la última moda; eso si no pueden conseguir otra cosa, porque las prefieren del estilo de las botas mexicanas hechas a mano, con espléndidas punteras Caliente Dude. Así que ojo con los zapatos FBI: negros, relucientes, anudados... Los que calzaba el FBI cuando acabó por echarle el guante a Kesey.

En la trasera de la camioneta va otra chica, morena y de espeso pelo negro, a la que llaman Black Maria. Parece mexicana, pero me dice con suave e impecable acento californiano:

—¿Qué día naciste?

—El 2 de marzo.

—Piscis —dice. Y añade—: Jamás te habría tomado por un Piscis.

—¿Por qué?

—Pareces demasiado... *sólido* para ser Piscis.

Pero sé que él lo que quiere decir es impasible. Y empiezo a sentir como si lo fuera. Allá en Nueva York, Black Maria, te aseguro que me consideran casi un *dandy*. Pero al parecer una chaqueta azul de seda y una gran corbata con dibujo de payasos y... un... un par de lustrosos mocasines negros no se ajustan demasiado al modelo aceptable para los drogatas de San Francisco. Lois va liquidando los malvaviscos uno a uno; Cool Breeze se eleva a las entrañas de

su sombrero de gnomo; Black Maria, que es Escorpio, anda a vueltas con el Zodíaco; Stewart Brand va abriéndose paso por las calles; los abalorios estallan en destellos..., y esto no es nada especial, es lo normal, lo normal en el mundo enrollado de San Francisco, una diaria rutina que perturba la cabeza de los viandantes, apenas un alimento psíquico para la «gente guapa» mientras a un tipo de Nueva York se le conduce al Almacén para que espere allí al jefe, Ken Kesey, que sale de la cárcel.

Todo lo que yo sabía de Ken Kesey entonces, poco más o menos, era que se trataba de un prestigioso novelista de treinta y un años y que estaba metido en líos a causa de las drogas. Había escrito *Alguien voló sobre el nido del cuco* (1962), cuya versión escénica se estrenó en 1963, y *A veces un gran impulso* (1964). Junto a Philip Roth, Joseph Heller, Bruce Jay Friedman y un par de autores más, siempre era citado como uno de los novelistas más prometedores de su generación. Tiempo después fue detenido en dos ocasiones por posesión de marihuana (en abril de 1965 y en enero de 1966), y huyó a México para eludir el riesgo de una sentencia severa. Se enfrentaba a una posible pena de cinco años de prisión, por reincidencia. El azar quiso que un día cayeran en mis manos unas cartas que Kesey había escrito a su amigo Larry McMurtry, autor de *Horseman, Pass By*, que dio origen al filme *Hud*. Eran desaforadas e irónicas, escritas en un estilo entre William Burroughs y George Ade, y hablaban de escondites, disfraces, paranoia, huidas de la policía, consumo de porros y búsqueda del satori^[2] en las deprimidas tierras de México. Había un pasaje remedando el estilo de George Ade, en tercera persona, que parodiaba lo que el mundo bienpensante de los Estados Unidos opinaría de él en aquel momento:

«En resumen: este joven, apuesto, exitoso, felizmente-casado padre-de-tres-retoños-adorables, era un toxicóma-

no aterrado y fugitivo, que trataba de evitar ser procesado por tres delitos graves —y quién sabe cuántos delitos menores más— y que al mismo tiempo buscaba forjarse un nuevo satori a partir de viejas quimeras. Más resumido aún: loco como una cabra.

»Un atleta tan apreciado en su día que le fue confiada la dirección de su equipo en el campo y que fue seleccionado para competir en el campeonato nacional de lucha libre amateur, hoy no estaba seguro ni de poder hacer una docena de flexiones. Alguien que había tenido una opulenta cuenta corriente en el banco, y dinero a espuestas, y cuya pobre mujer no había podido reunir hoy más que ocho míseros dólares para su huida a México. Alguien que apenas unos años atrás había aparecido en *Who's Who*, a quien se había pedido que hablara en círculos tan prestigiosos como el Wellesley Club de Dah-la, y a quien hoy ni se le permitiría hablar en una reunión del VDC (Comité del Día de Vietnam). ¿Qué es lo que había hecho que un hombre que había llegado tan alto pudiera caer tan bajo en tan breve espacio de tiempo? Bien, la respuesta podrá buscarse en una sola palabra, amigos míos, una simple palabra que está en boca de todo el mundo:

»¡Droga!

»Y aunque ciertos ofuscados defensores de estas sustancias químicas argumentan que nuestro héroe consumía ya drogas antes de su éxito literario, habremos de señalar que existían pruebas de su pericia literaria mucho antes de la llegada de la psicodelia a su vida, ¡pero ni la más mínima prueba del pensamiento lunático que encontramos en él a partir de entonces!»

Y añadía después:

«(Oh, sí, el viento susurra
tiempo atrás..., tiempo atrás...
La viga repica y las paredes ven

... y hay una puerta para ese pájaro
en el cielo joven,
tiempo atrás...
Oh, sí, el oleaje ríe
tiempo atrás, tiempo atrás,
de cosas de abajo que fueron muertas
cuando lo malo fue prohibido y todas
las puertas para los pájaros se esfumaron.
Entonces, tiempo atrás...»

Se me ocurrió la idea de ir a México a buscarle, y escribir luego un relato sobre «joven novelista que huye de la vida real». Empecé a indagar aquí y allá, a preguntar en qué parte de México podría estar. En los círculos *hip*^[3] de Nueva York todo el mundo parecía saberlo con certeza. Era, al parecer, lo que había que saber aquel verano. Está en Puerto Vallarta. Está en Ajijic. Está en Oaxaca. Está en San Miguel de Allende. Está en Paraguay. Acaba de coger un vapor de México a Canadá. Y a nadie le cabía la menor duda de lo que decía.

Aún seguía yo indagando cuando, en octubre, Kesey pasó clandestinamente a los Estados Unidos y fue detenido por el FBI en la autopista Bayshore, al sur de San Francisco. Un agente lo había perseguido por un terraplén y dado caza, y ahora estaba en la cárcel. Así que volé a San Francisco y me dirigí directamente a la prisión del condado de San Mateo, en Redwood City, y la escena que tenía lugar en la sala de espera era más propia de la entrada de artistas del Music Box Theatre. Se respiraba una atmósfera de jubilosa expectación. Había un joven psicólogo, Jim Fadiman (sobrino de Clifton Fadiman, según pude saber luego), y Jim y su mujer Dorothy se dedicaban alegremente a meter tres monedas del / *Ching* por la ranura del lomo de cierto interminable y macizo libro de misticismo oriental, y me pidieron que hiciera saber a Kesey que las monedas iban en el li-

bro. Vi también a una chica menuda y morena, de cara redonda, llamada Marilyn, que me contó que había sido una *groupie* de una banda de rock, The Wild Flowers, pero que ahora estaba casi siempre con Bobby Petersen. Bobby Petersen no era músico. Era un santo, según pude colegir por sus palabras. Estaba en la cárcel en Santa Cruz, tratando de defenderse de una acusación de posesión de marihuana alegando que la marihuana era para él una sustancia sacramental. No entendí muy bien qué hacía Marilyn en la sala de espera de la cárcel de San Mateo en lugar de en Santa Cruz, aunque, claro —pensé—, la sala donde ahora estábamos era como una entrada de artistas, y Kesey —la estrella— estaba dentro, en escena.

Tuve una pequeña discusión con los carceleros acerca de si debía pasar o no a ver a Kesey. Los policías no ganaban nada dejándome entrar. Un periodista de Nueva York no supondría sino más publicidad para aquel *beatnik* glorificado. Ése era el criterio a seguir con Kesey: se trataba de un ensalzado *beatnik* acusado de dos delitos de posesión de marihuana, así que por qué hacer de él un héroe. He de decir que los policías de California son gente «suave». Parecen todos jóvenes, altos, de pelo a cepillo, rubios, con ojos muy azules, como recién salidos de un anuncio de cigarrillos. Sus cárceles no parecen cárceles, al menos las dependencias que la gente ve. Todo es madera clara, luces fluorescentes y archivadores metálicos de tono castaño; todo muy del estilo de la sala de examen de un edificio nuevo de Correos. Los polis todos tienen un suave acento californiano y son pulcros y correctos como cubitos de hielo. No se apartan un ápice de la norma. Por fin me dejan pasar a ver a Kesey en hora de visita. Dispongo de diez minutos. Le hice una seña de adiós a Marilyn y a los Fadiman y a la alegre sala, y me condujeron en un ascensor a la tercera planta.

El ascensor se abrió directamente a un pequeño locutorio. Un recinto extraño. Había una hilera de cuatro o cinco

cubículos, similares a las cabinas aisladas de los antiguos concursos de televisión, todos ellos con un grueso cristal tras el cual había un preso en carcelaria camisa azul de trabajo. Un grupo de presos dispuestos en hilera, como abadejos en hielo. Al pie de cada ventana hay un mostrador con un teléfono. Se ha de hablar a través de él. Hay ya un par de visitantes inclinados sobre el artilugio, hablando. Y entonces veo a Kesey.

Está de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos fijos en la lejanía, es decir, en la pared. Tiene gruesas muñecas y grandes antebrazos, y el modo en que los cruza les da un aire gigantesco. Parece más alto de lo que es, quizá a causa del cuello. Tiene un cuello grande, con unos esternocleidomastoideos que sobresalen de la camisa carcelaria como dos sogas de muelle. La mandíbula y la barbilla son enormes. Se parece un poco a Paul Newman, pero es mucho más musculoso, su piel es mucho más gruesa y tiene el pelo rubio, en espesos y alborotados rizos alrededor de la cabeza. Está casi calvo en la parte de arriba, pero en cierto modo ello casa bien con su gran cuello y su complexión de luchador. Me sonrío levemente. Es curioso: no tiene ni una arruga. Después de tanta persecución y de tanta escaramuza, parece como si llevara tres semanas en un balneario: tiene un aire muy sereno.

Cojo el teléfono, y él coge el suyo; estamos en la Modernidad, no hay duda. Estamos a poco más de medio metro, pero nos separa un cristal del grosor de una guía telefónica. Es como hablar por videófono desde diferentes continentes. Los teléfonos están en bastante mal estado, y su fidelidad no es precisamente alta, sobre todo teniendo en cuenta que no han de salvar más de sesenta centímetros. Se da por supuesto, claro está, que los funcionarios controlan todas las conversaciones. Yo quería preguntarle sobre sus días de fugitivo en México. El título de mi trabajo seguía en teoría siendo «Joven novelista vive ocho meses como fugitivo en México». Pero malamente podía entrar en

tal materia a través de aquella extraña conexión telefónica, y, para colmo, la entrevista no debía exceder de diez minutos. Saco el cuaderno y empiezo a preguntarle... lo que se me ocurre. Había leído en el periódico una declaración suya en la que afirmaba que había llegado la hora de que el movimiento psicodélico fuera «más allá del ácido», así que le pregunté acerca de ello. Me puse a escribir como un loco, en taquigrafía, en el cuaderno. Veía cómo se movían sus labios a medio metro de distancia. Su voz crepitaba en mi auricular, como si llegara de Australia. Era de locos. Parecíamos entregados a una sesión de calistenia.

—En mi opinión —decía—, ha llegado la hora de superar lo que se ha venido haciendo hasta ahora para pasar a un estadio nuevo. La ola psicodélica tenía su eclosión hace seis u ocho meses, cuando me fui a México. Desde entonces ha ido creciendo, pero sin moverse. Al volver he vuelto a ver lo mismo que veía cuando me marché. Amplificado, eso es todo.

Su voz, suave y de acento rural —un acento rural casi puro—, me llega crepitante y áspera y distorsionada a través del medio metro de línea telefónica.

—No ha habido creatividad —prosigue—. Y pienso que mi aportación ha sido ayudar a crear el paso siguiente. No creo que vaya a haber ningún movimiento a partir de las drogas hasta que no haya algo distinto hacia lo que dirigirse...

Lo decía con su llano acento rural, y yo, la verdad, no tenía ni idea de a qué diablos se estaba refiriendo. A veces hablaba crípticamente, con aforismos. Le dije que había oído que pensaba dejar de escribir, y le pregunté por qué.

—Prefiero ser un pararrayos que un sismógrafo —me respondió.

Se puso a hablar de algo llamado la Prueba del Ácido, y de formas de expresión en las que no habría separación entre él y quienes le escucharan. Todo constituiría una sola y

única experiencia, con todos los sentidos abiertos de par en par: palabra, música, luces, sonido, tacto..., *relámpago*.

—¿Te refieres a algo parecido a lo que está haciendo Andy Warhol? —dije yo.

Se hizo un silencio.

—No quiero ofender —dijo Kesey—, pero Nueva York lleva un par de años de retraso al respecto.

Lo dijo muy pacientemente, con una especie de cortesía campesina, como si me estuviera diciendo: no quiero ser descortés con vosotros los urbanitas, pero aquí, amiguito mío, están pasando cosas que no imaginaríais ni en vuestros sueños más locos...

Habíamos agotado los diez minutos, y me vi de nuevo en la calle. No había conseguido nada, salvo mi primer roce con un extraño fenómeno: aquel extraño carisma de tierra adentro, la presencia de Kesey. No tenía nada que hacer más que matar el tiempo y confiar en que Kesey pudiera salir bajo fianza y yo pudiera volver a verle para recabar detalles de mi «Novelista huido a México». Algo poco probable en aquel momento, pues Kesey se enfrentaba a dos acusaciones de posesión de marihuana, y ya había huido del país en una ocasión.

Así que alquilé un coche y me puse a dar vueltas por San Francisco. Mis más intensos recuerdos de San Francisco me situaban en un fantástico sedán alquilado, subiendo y bajando colinas, entrando y saliendo de las vías de los tranvías. Deslizándome en dirección a North Beach, la legendaria North Beach, la vieja patria de la bohemia de la Costa Oeste, siempre llena de monstruos sagrados de esto y de aquello, de celebridades costeñas, de muchachitas judías y pequeñas *wasp*^[4] de pelo largo que fornicaban con galanes negros... Y ahora North Beach se moría. North Beach no era sino espectáculos de tetas. En el antaño célebre cuartel general de la generación *beat*, la librería City Li-

ghts, Shig Murao, oráculo nipón del lugar, se sentaba con su mirada tremebunda, con las barbas colgándole como esas hebras de aulaga y helecho que los arquitectos suelen dibujar en sus bocetos, encorvado sobre libros de Kahlil Gibran junto a la caja registradora, mientras unos dentistas que han asistido a un congreso financiero-presupuestario de la profesión curiosean en busca de *beatniks* entre espectáculo y espectáculo de tetas. Ahora todo era «despechugue» en North Beach; todo eran bailarinas de striptease con los pechos hinchados por las inyecciones de silicona.

La «acción» —los grupos *hip* que marcan el *tono* pintoresco— se había desplazado a Haight-Ashbury. Pronto los cabecillas de una bohemia triunfadora invadirían también la zona, y los coches no pararían de desfilarse, uno detrás de otro, llenos de mirones, y los autocares turísticos anunciarían: «He ahí el hogar de los *hippies*... Miren, miren uno allí...»; y los homosexuales y las putas negras y las librerías y las *boutiques*... Lo *in* sería Haight-Ashbury y el mundo del ácido.

Pero no sólo moría North Beach. Todo el viejo estilo de vida *hip* —jazz, cafés, derechos civiles, «invite a un negro a cenar», Vietnam...— estaba muriendo con rapidez vertiginosa, según pude saber, incluso entre los estudiantes de Berkeley —al otro lado de la bahía, frente a San Francisco—, que había sido el corazón de la «rebelión estudiantil». La situación había llegado al punto de que los negros ya no estaban en la escena *hip*, ni siquiera como figuras totémicas. Era increíble. Los negros, que habían sido la verdadera alma de lo *hip*, del jazz, de la propia jerga *hip* (*dig*, *scarf*, *split*, *later*...) ^[5], de los derechos civiles, del licenciarse en el Reed College e irse a vivir a Masón, en North Beach, del foliar interracial..., todo aquel espléndido entramado de actitudes de aceptación, de cariño físico, de volcarse con los negros... había terminado, se había esfumado. Era increíble.

Así que empezaba yo a orientarme en medio de aquellos cambios y convulsiones de la bohemia de San Francisco cuando supe que, de forma milagrosa, los tres jóvenes abogados de Kesey, Pat Hallinan, Brian Rohan y Paul Robertson, estaban a punto de conseguir que su cliente saliera bajo fianza. Aseguraron a los jueces de San Mateo y de San Francisco que el señor Kesey tenía en mente un proyecto de hondo calado social. Había vuelto del exilio con el propósito expreso de convocar una gigantesca asamblea de drogadictos y *hippies*, en el Winterland Arena de San Francisco, para decirle a la Juventud que dejara de tomar LSD porque era peligroso y podía acabar «friéndole» los sesos, etcétera. Iba a ser una ceremonia de «licenciatura del ácido». Ahora debían ir «más allá del ácido». Imagino que era de eso de lo que Kesey me había hablado en la cárcel. Al mismo tiempo, seis de sus amigos íntimos de la zona de Palo Alto habían ofrecido sus casas como garantía de la fianza de 35.000 dólares impuesta por el tribunal del condado de San Mateo. Supongo que los jueces imaginaban tener bien cogido a Kesey. Si se fugaba ahora, supondría una jugada tan sucia para sus amigos —que perderían sus casas— que Kesey quedaría desacreditado como apóstol de las drogas y como persona. Si no lo hacía, se vería obligado a hablar ante la juventud, y entonces tanto mejor. En cualquier caso, Kesey salía de la cárcel.

El plan, sin embargo, no era muy bien visto en Haight-Ashbury. Pronto descubrí que el mundo enrollado de San Francisco había alcanzado ya tal magnitud que la vuelta de Kesey y su plan de «licenciatura» del ácido estaba provocando en él la primera gran crisis política. Todos los ojos estaban puestos en Kesey y su grupo, conocido como los Alegres Bromistas. Miles de jovencitos se estaban trasladando a San Francisco para llevar una vida basada en el LSD y en el rollo psicodélico. *Rollo* era el término abstracto de más amplia significación en Haight-Ashbury. Podía significar cualquier cosa: ismos, estilos de vida, hábitos, tenden-

cias, causas que defender, órganos sexuales... *Rollo* y *freaky*^[6]. *Freaky* se refería a estilos y aficiones obsesivas, como en «Stewart Brand es un *freaky* de lo indio», o «esa chica es una *freaky* de la Astrología», o simplemente designaba a los drogatas con sus singulares galas. Y no era un apelativo peyorativo. Un par de semanas antes, el mundo de la droga había organizado su primera gran concentración en el Golden Gate Park, al pie de la colina que conduce a Haight-Ashbury, en guasona celebración del día en que el LSD fue declarado ilegal en California. El evento había congregado a todas las tribus, a todos los grupos comunales. Acudieron todos los *freakies*, y «montaron» su rollo. Quien lo inició todo fue un drogata llamado Michael Bowen, que de inmediato fue imitado por millares de asistentes con sus mejores galas. Entonaron cánticos, hicieron sonar campanillas, danzaron abismados en el éxtasis, se colocaron cada uno a su manera y dedicaron sus gestos satíricos preferidos a los polis, ofreciéndoles flores, sepultándoles con tiernos pétalos de amor. Oh, Dios, Tom, qué rollo más fantástico, qué pasada, qué colocón... Miles de amorosos drogatas haciéndole la cabeza un lío a la bofia y a quien se pusiera por delante en una fiesta de amor y euforia. Hasta Kesey, que seguía entonces en la clandestinidad, había osado asistir y se había mezclado con la multitud durante un rato, y fueron todos *uno*, incluido Kesey..., y ahora, de pronto, he-lo ahí, en manos del FBI y de otros superpolis, él, Kesey, máximo exponente de la Vida, anunciando que había llegado el momento de «licenciarse del ácido». ¿Qué diablos era aquello? ¿Se estaba Kesey escaqueando? Se estaba gestando, incluso en el mundo *hip*, una consigna nueva: *Parar a Kesey*.

Nos dirigimos al Almacén en la delirante camioneta y, bien, para empezar, empiezo a darme cuenta de que Lois y Stewart y Black Maria integran el ala moderada, reflexiva de los Alegres Bromistas. El Almacén está en Harriet Street, entre Howard y Folsom. Como la mayoría de las calles de